

HOMENAJE AL GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE Y ALCALA

Dr. Javier Arduz Arduz
Socio Activo del
Instituto Médico "Sucre"

Respetado Señor Dr. Zacarias Crespo Villegas, Presidente del Instituto Médico Sucre, miembros de la Directiva, estimados consocios, damas y caballeros:

Este trabajo está dedicado al Gran Hombre y Mariscal de Ayacucho, en ocasión del día de su natalicio y la conmemoración de un aniversario más de nuestro Instituto Médico que tan orgullosamente lleva su nombre. Tanto y tan bien se ha escrito sobre el Mariscal, que aquí no puedo si no hacer una breve semblanza de su personalidad, porque cada una de sus múltiples facetas, es un extenso tema, que sobre pasa el simple propósito de un homenaje.

Es Don. Antonio José de Sucre y Alcalá, gran Hombre y Mariscal de Ayacucho, la figura más simpática de nuestra historia, no solo por sus dotes de eximio estratega, hábil político, diplomático y eficiente administrador, sino y sobre todo por ser un ALMA GRANDE. Grandeza de espíritu, que es el sello característico de todos los actos de su vida al obrar con magnanimidad en el triunfo (Capitulación de Ayacucho); al ser respetuoso con los humildes (actos de filantropía reiteradamente efectuados); carente de rencor y deseos de venganza (su actitud luego del motín del 18 de abril); amigo y subordinado leal (su relación con Bolívar), fiel cumplidor de sus deberes (el mando del ejército patriota y su desempeño en la Presidencia de Bolivia), modesto y sencillo (su cotidiano vivir); mártir y santo de la libertad americana (Berruecos).

Hagamos un viaje en el tiempo trasladándonos a la ciudad de Cumaná el 3 de febrero de 1795, lugar y fecha donde nace Antonio José de Sucre, hijo de Vicente Sucre Urbaneja y María Manuela Alcalá, familia noble de origen Belga. Sucre queda huérfano de madre a sus 7 años. Ya en su adolescencia fue enviado a Caracas al cuidado de su padrino, el arcediano de la Catedral, presbítero Antonio Patricio de Alcalá. Manteniendo un carácter reflexivo y mesurado, Sucre sobresale en cursos de Ingeniería Militar en la Escuela de José Mires, sin descuidar la lectura de las obras clásicas de la antigüedad.

En 1809, se integró junto a su hermano Pedro, como cadete de la compañía de Húsares Nobles de Fernando Vil, en Cumaná. Al año siguiente, la Junta de Cumaná le confiere el empleo de Subteniente de Milicias Regladas de Infantería.

Enlistado en el ejército patriota, y a su joven edad de 19 años, Sucre se transforma en el Comandante del Oriente Venezolano, tomando puertos de avanzada a la orden del Libertador Bolívar, quien se refiere de Sucre con estos términos, " Él era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo: él lo dirigía todo, más con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuando ejecuta. En medio de la convulsión que necesariamente nace de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino, él era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos".

Podemos imaginarnos.

El periodo de audacias guerreras y aventuras temerarias por la libertad, tubo en Sucre a una figura de primer orden: Remando toda una noche sobre un baúl, en el mar de las Antillas después del naufragio del barco que fue a la isla de Trinidad para conseguir armas como dice Alfredo Jáuregui Rosquellas en su biografía de Antonio José de Sucre ".....comandando el batallón Colombia en los desiertos de Maturín; planeando la campaña para el ejército del General Bermudez; agenciando recursos en Jamaica; cumpliendo las órdenes de Bolívar, y marchando sobre Quito, que defendía Aimerich..."

En todo este quehacer es tan grande y generoso, como en noviembre de 1820 en Trujillo, firmando con el General español Pablo Morillo, el célebre "Tratado de regularización de la guerra", en cuyos 14 artículos está impreso el humanismo del Gran Hombre: Los vencidos serían respetados y tratados con piedad.

La generosidad de Sucre, muestra otras concesiones a los vencidos: "Todo individuo del ejército español podrá regresar libremente a su país, y será de cuenta del estado del Perú costearle el pasaje (art.2º). Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aún cuando haya hecho servicios señalados a favor del Rey (art.4º). Todos los jefes y oficiales prisioneros en batalla, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo, los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército (art.15). Los Generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán traer consigo a sus servicios a sus asistentes (art. 16)...." La grandeza del hombre se la aquilata realmente, en momentos en los que se halla en la cima de su gloria y poder, más que en las adversidades de la vida.

Sucre cruza el desaguadero y siendo como era su plena e íntima convicción la Independencia del Alto Perú, dicta el famoso decreto del 9 de febrero de 1825, convocando a la Asamblea de los Diputados de Charcas para que resolvieran su destino; este decreto es a juicio de Valentín Abecia la primera acción legislativa que dio consistencia a la República de Bolivia. No ignoraba el Mariscal los conflictos que tendría con el Perú y la Argentina por esta decisión y así le escribe a Bolívar; ".....la situación del país (las provincias altas) está tan embrollada que ya estoy preparado a recibir mucho látigo de los escritores de Buenos Aires, y dispuesto a perder del Perú la gratitud de mis servicios..." Lo que no supuso es el disgusto que le causaría al Libertador, que significó que el Gran Mariscal renunciara a las funciones que Bolívar le había encomendado en Charcas; renuncia que como es bien sabido no fue aceptada y el terna no pasó de ser entre ellos un enojoso momento inicial, luego superado.

Cuando la Asamblea Constituyente encomendó a Bolívar la redacción de la primera Constitución, Sucre propuso al texto modificaciones, supresiones y adiciones. En la Constitución sancionada por el Congreso, de las 19 proposiciones de Sucre, se incorporan en el texto 9, ocho fueron rechazadas, y 2 influyen en la modificación de redacción.

A sus 30 años el Gran Mariscal, muy a pesar suyo, y por el alto sentido del cumplimiento del deber que tenía, asumió la Presidencia de la República el 29 de diciembre de 1825 y estuvo al mando de la nación hasta el 18 de abril de 1828, cuando ocurrió el nefasto motín del cuartel de granaderos, en que una descarga de balas le rompieron el brazo derecho, que con heroísmo no solo había blandido la espada gloriosa de Pichincha y Ayacucho, si no que firmado el decreto del 9 de febrero de 1825, y un sinnúmero de disposiciones en beneficio de la recién nacida república. Ese motín fue alentado por enemigos externos de Bolivia, con la complicidad de hipócritas y ambiciosos bolivianos, que por lo mismo eran adulones en presencia del Mariscal.

Uno de los autores de la revuelta fue Casimiro Olañeta, quien se refería al Mariscal como al "carajillo de Sucre", por el encono que le tenía, ya que el vencedor de Ayacucho, lo fue también de él conquistando a Manuela Rojas, con quien tuvo un hijo al que reconoció.

Es enorme la obra administrativa de Sucre en el ejercicio de gobierno. Fue constante la preocupación de los temas de la siempre; deficitaria hacienda pública y así adoptó las siguientes disposiciones ejecutivas con vistas a la recuperación financiera del país: levantamiento de cuadros demostrativos de ingresos departamentales en los 5 años anteriores al ingreso del ejército libertador; para el cálculo fundado en las rentas comunes anuales y la adopción de reformas conducentes a su acrecentamiento; remisión mensual de presupuestos departamentales de ingresos y egresos para fines de control; adecuación estricta de los gastos a las disposiciones legales; cobranza perentoria de los débitos a las cajas públicas, especialmente los de contribuciones; limitación de empréstitos a los casos de necesidad rigurosa; supresión de gastos supérfluos, al denegar la autorización que le había pedido la municipalidad de Potosí para contraer un préstamo con destino al pago de los gastos de la recepción

de Bolívar en esa ciudad, dice Sucre: ".....sería una vergüenza y una arbitrariedad espantosa permitir imponer un empréstito forzoso para recibir al Libertador". Siguiendo en el tema de la hacienda pública, trató de establecer un impuesto único, más como este fracasó, optó, como medida extrema, subordinar los bienes de la iglesia en beneficio de la república confiscando para ello las propiedades urbanas y rurales de todas las órdenes religiosas del país, así como las capellanías y otros derechos eclesiásticos. Es que el Mariscal era hombre de arrojo y determinación en su vida pública y privada.

La educación y la seguridad pública, fueron también preocupación del Mariscal. Pero quizás donde su obra administrativa tiene mayor importancia es en la administración de justicia, que lo llevó a instalar a la Corte de Chuquisaca el 27 de abril de 1825 y a la Corte Suprema de Justicia el 16 de Julio de 1827. Las palabras que en aquella oportunidad pronunciara el Gran Sucre, dirigiéndose a los primeros Ministros del Tribunal, hoy siguen teniendo validez.

Dijo ".....Bolivia.... ve en este Tribunal respetable, que gozando de una absoluta independencia del gobierno, tiene en sus manos todas las garantías contra el influjo del poderoso, y los abusos de la autoridad..... Mi alma fluctúa entre las esperanzas de vuestra conciencia, y el temor de vuestros deberes; y más adelante: La vida, la fortuna, el honor de los bolivianos quedan depositados en vosotros....."

Durante su Gobierno, que se caracterizó por la honradez, clemencia, tolerancia y bondad, ni en medio de los peligros, se degradó a quebrantar las instituciones ni a manchar su administración por un solo acto, cuando en toda ella no traspasó nunca la ley, no hizo jamás gemir a ningún boliviano, ninguna viuda ningún huérfano sollozó por su causa ¿Cuántos y quienes hasta ahora le sucedieron en la presidencia, de verdad y con legitimidad, podrían decir lo mismo?.

Se dice también que el "Cóndor de Bolivia" el primer periódico boliviano que se editaba en esta ciudad, muchos artículos eran de la inspirada pluma del Gran Mariscal.

Cuando por primera vez entró a esta ciudad se le tributó un apoteósico recibimiento, se abrieron los salones más aristocráticos y las damas más distinguidas se desvivieron por él. Pero luego la maledicencia del chuquisaqueño, influido por el clero que vio mermadas sus arcas, las ambiciones y la mediocridad de algunos políticos, le hicieron la vida muy difícil. Hábiles como siempre para los apodos, lo llamaban despectivamente " el zambo " o, " el mulato " por sus evidentes rasgos negroides.

Personalmente Sucre era un hombre recto y honesto de vida inmaculada. Sin hacer ostentación de una recalcitrante virtud, vivió en austera pureza, ayudado por su devoción a los estudios y su absoluta concentración desde la infancia a la causa de la libertad. Los tesoros pasaron por sus manos y el permaneció en la pobreza. Tenía toda la brillantez de la fama y el no utilizó su prestigio para adueñarse o mancillar el honor de cualquiera. Era modesto por su manera de vestir y se le hubiera tomado por un simple oficial. Era orgulloso, tanto como puede serlo el orgullo legítimo, y nadie, ni Bolívar mismo podía humillarlo sin que reaccionara contra la ofensa, generoso a tal grado que fue el más ardiente defensor de un hombre que trató de asesinarlo e inmediatamente le suministró recursos para que abandonara el lugar de su crimen. Severo e inflexible en castigar al que se rebelase contra la disciplina o pusiera un obstáculo en el camino de la libertad. Liberal con el dinero hasta el punto en que casi siempre no tenía para sí mismo, pero su economía era extremadamente rígida cuando se trataba de los fondos públicos. Apasionado con sus amigos, pero no los tenía cuando la amistad chocaba con el deber.

No creía tener enemigos personales. Jamás había hecho daño alguno, por eso emprendió el camino sin temores. Pero la política y el temor de quienes veían en él un obstáculo a sus ambiciones, ya habían resuelto su eliminación. Cuando se había adentrado despreocupadamente 4 km. en la quebrada de Berruecos, 3 disparos dieron fin a su ejemplar existencia. Un proyectil penetró en la cabeza y 2 en el pecho cortaron la vida al varón inmaculado, al genio militar, al gobernante, probo y sabio. Era el 4 de Junio de 1830.

Gloria eterna a Dn. Antonio José de Sucre: Creador de nuestra república, de quien con acierto dijera Alfredo Jauregui Rosquellas: "Héroe y sabio, mártir y santo de América"

Sin embargo, el mejor homenaje que a Sucre podemos rendir es llevar siempre en nuestro espíritu lo que él hizo que fuera nuestra República: Un país libre, donde se respeten la vida, la propiedad y las ideas ajenas, porque el mismo dijera en su mensaje de despedida al Congreso Extraordinario de 1828: "... los hijos de Bolivia aman su independencia y no caerán ni en los astutos y secretos lazos que se les preparan."

Es pues nuestro deber ciudadano, permanecer vigilantes para no ser arrastrados en astutos y secretos planes, a la vorágine de desintegración de las instituciones fundamentales de la República, porque así estaremos cumpliendo también con su ya famosa frase. "Aún pediré otro premio a la nación entera y sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación; de conservar entre todos los peligros la independencia de Bolivia; y de preferir todas las desgracias, y la muerte misma de sus hijos, antes de perder la soberanía de la República que proclamaron los pueblos y que obtuvieron en recompensa de sus generosos sacrificios en la revolución. Si parece un pedido hecho hoy. Cumplámoslo como integrantes que somos de la nación entera, no veamos indolentes ni con desidia lo que ocurre en nuestra amada Bolivia, fundada por quien ahora rendimos un justo y sincero homenaje de gratitud, admiración y respeto."

Gracias